

Nueva visita a un mundo feliz.

El Orden y la Producción, de Jean Paul De Gaudemar, Editorial Trotta, Madrid, 1991. Reseña de Leonardo José Grande Cobián.

Escrita y publicada originalmente en francés en 1982, la obra aquí reseñada llega a los lectores argentinos por primera vez en el año 2000. A pesar del tiempo transcurrido el libro a despertado un gran interés entre los especialistas del "mundo del trabajo" que han sabido agotar la partida en pocos meses. La explicación de tal repercusión constituye también la razón de ser de la presente crítica: De Gaudemar expresa ilusiones teóricas y filosóficas afines a buena parte de la escuela regulacionista pasada y presente. La importancia de analizar la producción de la "Escuela de la Regulación" excede el mero interés académico. Efectivamente, estas investigaciones abonan en la actualidad las principales estrategias políticas de gobiernos, partidos políticos y sindicatos centroizquierdistas a nivel nacional e internacional.

El objetivo de esta propuesta interpretativa es demostrar que las formas contemporáneas de disciplinamiento del proceso de trabajo son las que más convienen a trabajadores, patrones y Estado. Para eso el autor diseña un esquema teórico—metodológico muy particular: estudiar los cambios históricos de la organización del trabajo en el capitalismo y las relaciones de poder en la fábrica. En los primeros apartados del libro encontraremos las bases teóricas del esquema propuesto. Desde el tercero al quinto el autor intenta fundamentar por medio de estudios históricos la utilidad interpretativa del mismo y en el último apartado deduce las consecuencias políticas inmediatas del estudio realizado.

Falsa conciencia.

De Gaudemar busca escribir la historia del capitalismo a partir del análisis de las diferentes formas de poder que se desarrollaron en las fábricas. Presenta un esquema interpretativo en el que toda forma de organización del proceso de trabajo se explica por razones políticas. No hace más que intentar fundamentar teóricamente visiones deformadas y atrasadas de la producción capitalista haciéndolas pasar como lo más avanzado y progresista de las ciencias sociales.

En el corazón de su argumento está la tesis de Foucault sobre el poder. Encarnada en la fábrica (un espacio de constitución de poder como los hospitales y las cárceles) la susodicha explica que las formas disciplinarias del trabajo son erigidas ante todo para reproducir las relaciones de poder patronales. Además, los medios de trabajo implementados en la producción capitalista cosifican esas relaciones de poder. Finalmente, los diferentes modos de organizar la producción se han ido conformando siguiendo el ritmo complejo y contradictorio de las luchas



de poder en el espacio fabril entre patrones y trabajadores: los primeros buscando controlar cada vez más y los segundos resistiéndose a esa opresión.

En esa lógica De Gaudemar ejerce una reivindicación del luddismo como la forma más avanzada de conciencia obrera. Al igual que los ludditas atribuye a los medios de producción (las máquinas y las diferentes técnicas de racionalización de la producción) el poder de explotar: romper máquinas es luchar contra el verdadero agente del mal. Marx comprendió al luddismo como una forma de conciencia obrera debidamente superada: "Se requirió tiempo y experiencia antes que el obrero distinguiera entre la maquinaria y su empleo capitalista". ¹ Es claro que éste relanzamiento del fetichismo romántico de la máquina no es inocente: pretende volver atrás el tiempo y colocar ante la frente de los trabajadores el biombo que su experiencia había sabido remover. El objetivo parece ser evitar que el obrero vuelva a dirigir sus ataques contra la forma social de explotación del medio de trabajo (la máquina).

Los "ciclos disciplinarios".

De Gaudemar disiente con Marx sobre las causas que determinarían la elección de los sistemas de organización del trabajo en cada momento del capitalismo. Se opone a la existencia de una determinación objetiva de la ley del valor y de las características técnicas de cada proceso laboral concreto. Para él la determinación estaría dada por las preferencias subjetivas de los "actores" involucrados. Diferentes fenómenos culturales y políticos estarían actuando en la constitución de cada modelo de control fabril. Tal es así que cada variante se diseñaría cíclicamente a partir de movimientos de auge y reflujo de ciertas preferencias de control. Realidades complejas y fluctuantes requieren de categorías flexibles. Tire por la borda la intención de estudiar la historia del capitalismo como lo propone Marx, observando el pasaje de la subsunción formal a la real, del predominio de la extracción de plusvalía absoluta al de la relativa, o bien el pasaje de la manufactura a la gran industria: eso sería forzar la historia de la producción social a pasar por un esquema rígido y mecánico de sucesión de etapas necesarias. La meta de De Gaudemar es reconstruir las imágenes ideales que guiaron a los empresarios a impulsar las diferentes estrategias de control del trabajo así como la influencia que habría tenido la resistencia obrera en esa elección. El juego complejo y contradictorio de los diferentes poderes en la fábrica habría conformado estos "ciclos disciplinarios".

En los inicios del capitalismo se habría adoptado un "ciclo panóptico" donde los capitalistas impondrían en sus fábricas disciplinas y formas de control basadas en la vigilancia total del proceso de trabajo. Dicha disciplina habría sido importada de otros ámbitos de



sociabilidad tales como la familia, los cuarteles militares o las cárceles. Luego de este primer momento de "improvisación" de los capitalistas, y siempre que el despotismo panóptico no rinde más sus frutos, se impondría al capitalista "la necesidad de una revolución en los modos disciplinarios" (pág. 55). Los intentos de constituir esa *revolución* darían a luz tres nuevas estrategias posibles. Un intento habría sido sistematizar las experiencias de control patronal hacia el exterior de la fábrica. En éste ciclo de "disciplinamiento extensivo" se pretendería una vigilancia al interior y al exterior de la fábrica. La segunda alternativa habría sido el "ciclo maquínico". Aquí, el capitalista cosificaría la vigilancia panóptica en la máquina: "De esta forma, la disciplina necesaria a la ejecución del trabajo fabril no se encarnaría ya en las figuras humanas del patrón y sus celadores sino, en la *mucho más diabólica* de un mecanismo objetivo"(pág. 47). Al fin, donde la moralización paternalista y la máquina fracasaron, la tercera tendencia fue el "ciclo de la disciplina contractual". En él la interiorización de la disciplina se lograría por medio de la delegación del poder del patrón en los obreros.

Estos ciclos no están relacionados históricamente. El agotamiento de uno no prefigura necesariamente al que le sigue. Al no existir una ley que haga necesaria una u otra forma, debemos limitarnos a observar por qué algunos capitalistas eligieron una u otra forma en cada coyuntura particular. El método escogido para dar cuenta de esta realidad compleja es describir la genealogía de cada modelo de control. El autor "descubre" ciertos tipos ideales que los empresarios habrían intentado alcanzar para lograr reproducir las relaciones de poder en las fábricas. Ilustra cada ciclo con lo que llama figuras ejemplares: la fábrica-fortaleza, la fábrica (ciudad, la fábrica) máquina y la fábrica democrática. Pero ninguno de estos tipos se da en la realidad ni De Gaudemar ofrece pruebas en ese sentido. No se toma la molestia de constatar, por ejemplo, qué representatividad en el total de las unidades productivas tiene cada figura típica ideal por él construida.

Para no robarles demasiado tiempo con algo que no lo merece detengámonos solamente en la interpretación del taylorismo. Basándose en clásicos del regulacionismo como Coriat y Aglietta define el papel histórico del taylorismo en términos de la forma de disciplina capitalista que tiende a dirigirse sobre los refugios de la resistencia obrera al panoptismo –el tiempo de trabajo y la calificación. Su objeto es: "desalojar el 'ganduleo' obrero y la porosidad del tiempo de trabajo allí donde la mirada del patrón no podía alcanzarle, destruir las armas de resistencia del obrero, confiscándole la capacidad de organizar su tiempo de trabajo o su competencia técnica"(pág. 56). Para él la lógica última del taylorismo no es aumentar la extracción de plusvalor sino domesticar a la fuerza de trabajo, doblegar sus resquicios de resistencia. En el fondo "los principios planteados por Taylor apenas van más allá de los propuestos por Bentham"(pág. 86). Tal es así que el taylorismo sólo se desarrolló en Francia por medio de Henri Fayol, especie de gurú del management de principios del siglo XX cuyo mérito habría



sido eliminar todas las ventajas técnicas y productivas que ofrecía la organización científica del trabajo de Taylor. La cultura del empresario francés parece haber sido tradicionalmente despótica y su diabólico interés, aparentemente genético, habría sido moralizar, vigilar y controlar al trabajador. No contento con tamaño disparate, pretende fundamentarlo: De Gaudemar lee en las fuentes que si un reglamento interno de fábrica prohíbe a los obreros silbar, cantar o charlar en horas de trabajo no lo hace buscando evitar los tiempos muertos y las distracciones que atrasan la productividad del sector sino que busca reprimir las ansias de libertad –también genéticas– de los trabajadores. Es claro que razonando de esta manera De Gaudemar ve en la utopía panóptica de Bentham una explicitación más verídica de los intereses de la burguesía que las leyes del capital que rigurosamente denuncia Marx. Obviamente se ofende porque Marx dice que Bentham no es más que un " oráculo seco, pedantesco y charlatanesco del sentido común burgués del siglo XIX" o un compendio de "filosofía de los lugares comunes", un pensamiento propio de "un genio de la estupidez burguesa". Y cómo no ofenderse si es su único documento para sostener empíricamente su propia charlatanería de alcahuete patronal.

La Democracia Industrial

En las carillas finales del libro, De Gaudemar cierra la obra presentando sus principales conclusiones filosóficas y políticas, así como también sus esperanzas e ilusiones para un futuro mejor: "La historia jamás impone su sentido, suponiendo que tenga alguno: son los hombres quienes lo hacen" (pág. 179). Según su punto de vista existen a principios de los ochenta tres rumbos posibles para el futuro de la producción en el mundo occidental y en Francia en particular. El tercer camino es el que más posibilidades tiene de imponerse. Se trata de la profundización de la disciplina contractual (consolidación de la negociación salarial y de la dinámica parlamentaria, delegación en los sindicatos de poder y responsabilidad en el control del proceso de trabajo). Esta opción es la que más agrada a nuestro reformista amigo, tanto que llega al paroxismo de ver en esa importación "a la fábrica del modelo político de la democracia presidencial y de sus formas reales o de sus simulacros de legitimidad democrática" la existencia de un nuevo modo contemporáneo de acumulación caracterizado por relaciones más estrechas entre el Estado y las grandes empresas. Y aunque todavía no ha realizado ninguna investigación científica al respecto, De Gaudemar ya ha diseñado una categoría para esta nueva situación: el ciclo de la "disciplina institucional".

En el primer renglón de su obra aparece la siguiente cita de Fourier: "Hasta ahora, la política y la moral han fracasado en su intento de conseguir que se ame el trabajo.". "¿Qué debe entenderse con esas palabras, sino que no existe más disciplina industrial que la trasposición, al



seno de manufacturas y talleres, de una disciplina configurada en el ámbito de la vida política o sobre bases estrictamente morales?"(pág. 35). Así las cosas, su utopía es traspolar analógicamente a la producción el orden político de la democracia parlamentaria burguesa con el claro objeto de "conseguir que se ame el trabajo". No es necesario citar aquí la apología de la pereza de Lafargue para entender que esta es una utopía de aquellos que viven de explotar el trabajo ajeno: que los explotados del mundo estén felices de serlo y no se rebelen contra sus opresores. La misma propuesta de los nuevos socialdemócratas postmodernos que plantean la "tercera vía" o el "capitalismo humano" frente al salvaje neoliberalismo. Así como la democracia burguesa intenta encubrir el carácter irreconciliable de los intereses burgueses y proletarios ofreciendo la utopía de la sociedad armónica regida por el bien común, así también De Gaudemar y sus amigos vienen a ofrecernos la utopía de un maravilloso mundo feliz donde los "espacios" de poder se comparten. Como en Un mundo Feliz (la excelente novela de Aldous Huxley), el Estado organizará la sociedad toda, de manera que cada individuo sea completamente dichoso con la tarea que se le ha encargado por más inhumana y desagradable que esta sea. Lo curioso es que en el mundo que imaginó Huxley, la herramienta del Estado Rector era la producción secuenciada, por medio de las técnicas de organización del proceso de trabajo de Taylor y Ford, de seres humanos. La planificación estatal producía seres humanos industrialmente para cubrir las necesidades de fuerza de trabajo de todas las especialidades, desde los científicos hasta los barrenderos, y todos felices... de ser explotados. Huxley traslada sin prejuicios la organización de la producción al sistema social. De Gaudemar lleva a cabo la extrapolación inversa: estudia el mundo de la fábrica, donde reina el despotismo del capital, como si éste pudiera ser una extensión de la vida política, de la democracia, de la igualdad. Lo que en Huxley es literatura de anticipación y por tanto se entiende y justifica, se transforma en De Gaudemar en una falta de respeto a todo intento serio de comprender la realidad humana.

De Gaudemar piensa que las formas disciplinarias cambian según el despótico capricho patronal de acabar con la resistencia obrera y los conflictos laborales, de ahí que proponga la participación del estado en la regulación del orden fabril como la mejor forma de regular los conflictos y que se ame el trabajo. Ese es su objetivo, lograr por medio de la política que los trabajadores no vean su explotación, amen su trabajo y no luchen, no se rebelen.

Pensamientos como éstos han engendrado las investigaciones más difundidas entre especialistas e instituciones preocupadas por las relaciones de producción. Hoy los "regulacionistas" nos ofrecen también las nuevas formas de trabajo, las más alienantes y explotadoras de la historia del capital, como las más deseables. Fin de la historia y fin del trabajo. Desabróchese el cinturón que hemos llegado al paraíso. Eso sí, tenga cuidado al bajar del avión porque, en algunos lugares del paraíso, la historia no a tocado su fin y ya se puede distinguir el saludable humo de los piquetes...

Grande Cobián, Leonardo José: El orden y la producción, en Razón y Revolución, nro. 8, primavera de 2001.



Notas ¹Marx, K.: *El Capital*, t. 1, v. 2, pg. 523.